

# LA DEVOCIÓN QUE NOS LLEVA A DIOS

21-11-1979

Swami Paratparananda<sup>1</sup>

Muchos aspirantes a la vida espiritual de todas partes del mundo se quejan de que Dios no escucha sus plegarias y que a pesar de haberle rogado durante años, no se les ha revelado. ¿Hay algo de verdad en esta queja que se oye casi siempre? Porque todas las Encarnaciones Divinas afirman que Dios otorga a uno todo lo que pide; por ejemplo, Sri Krishna dice, en el Bhagavad Gita: "Fija tu mente en Mí (en el Señor), sé Mí devoto, ofréceme todo tu sacrificio y saludame a Mí; así establecido y teniéndome a Mí como tu Suprema Meta, llegarás a Mí." El Señor Jesús afirma: "Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque cualquiera que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se abrirá." También asegura: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar." Cuando se le preguntó a Sri Ramakrishna si Dios escucha nuestras plegarias, contestó: "Dios es el Kalpatarú, el Árbol que cumple los deseos. Seguramente recibirás lo que Le pidas. Pero debes rogar de pie cerca de ese Árbol. Sólo entonces cumplirá tu ruego. Debes recordar otra cosa; Dios conoce nuestro íntimo sentimiento. Un hombre consigue satisfacer el deseo que abriga durante sus prácticas espirituales. Uno recibe de acuerdo a lo que piensa."

Estos grandes maestros espirituales no tenían ningún motivo para hablar así si no era cierto, si no era la verdad. Además, enseñaban por amor a la humanidad y hablaban por su propia experiencia. Por cierto, que los aspirantes a los que aludíamos al principio de esta charla conozcan estas afirmaciones; entonces ¿qué es lo que nos impide alcanzar a Dios? ¿Qué clase de devoción puede llevarnos a Dios? En las palabras ya citadas de Sri Ramakrishna encontramos un indicio de cómo rezar a Dios. En su mayoría, los aspirantes que tratan de practicar sus disciplinas espirituales lo hacen con sus mentes vagando por doquier, sin asentarse en el pensamiento del Señor, sino en los de este mundo. El apego que uno ha desarrollado por las cosas de aquí es tan fuerte que ocupa casi toda la mente. Para explicar esto Sri Ramakrishna relató una parábola: "Un mago estaba haciendo demostración de sus triquiñuelas ante un rey. De vez en cuando exclamabas '¡Ven confusión! ¡Ven ilusión! ¡Oh Rey, dame dinero, dame ropa!' De pronto su lengua se dio vuelta y se pegó al paladar. El mago experimentó kumbhaka (retención de la respiración). No pudo articular ni una palabra ni sonido alguno y quedó sentado inmóvil. La

---

<sup>1</sup> Swami Paratparananda fue el líder espiritual del Ramakrishna Ashrama, Buenos Aires, Argentina y del Ramakrishna Vedanta Ashrama, Sao Paulo, Brasil (1973-1988).

gente creyendo que había muerto, construyó una bóveda de ladrillos y lo enterraron en esa postura. Después de mil años, al abrir alguien la bóveda, se encontraron con un hombre sentado en samadhi. Lo tomaron por un santo y lo adoraron. Cuando lo movieron la lengua se despegó del paladar y recobró su posición normal. El mago, al volverse consciente del mundo exterior, gritó como lo había hecho mil años atrás: `¡Ven confusión! ¡Ven ilusión! ¡Oh Rey, dame dinero, dame ropa.`" Tal es a la fuerza del apego a las cosas del mundo que, aun después de años de tratar de alejarnos de ellos, nos mantienen presos y siempre vuelven a interferir en nuestras oraciones. Nuestro pensamiento vuelve una y otra vez impetuosamente al mundo material hasta durante las oraciones, debido a ese apego.

Podemos dividir los aspirantes en cuatro clases según el motivo con que se acercan a Dios: los afligidos, los que buscan conocimiento, los que desean riqueza u otro placer y los sabios. Sri Krishna dice que todos ellos son personas de buenos méritos, pero que es el sabio, siempre firme y dedicado al Señor, el que sobresale; "pues, agrega Sri Krishna, Yo soy supremamente querido por él y él es querido por Mi."

Porque el sabio no adora al Señor por conseguir algo de El, sino porque sabe que el Señor es su propio Ser interno y que toda otra cosa es transitoria, fugaz, y sólo trae trastornos y perturbaciones. La mayoría de los aspirantes pertenece a las primeras tres categorías arriba mencionadas: rezan a Dios para que cure sus enfermedades, les dé buena salud, hijos comprensivos, riqueza en abundancia y cosas por el estilo.

Hay otros que quieren conocer la naturaleza de Dios. En todos estos casos cuando no logran lo que buscan, una recompensa inmediata, entonces o comienzan a quejarse o abandonan el camino. ¡Con qué entusiasmo empiezan! Dicen que no quieren nada más que llegar a Dios, que no les interesa ninguna otra cosa. Sin embargo, cuando no encuentran modo de avanzar, pues sus propias mentes les resulta como un gran obstáculo en el sendero, exigiendo la satisfacción de sus deseos hasta entonces ocultos, dejan sus esfuerzos por completo y vuelven a sus vidas anteriores y quizá se meten más hondo en el mundo material.

Las escrituras hindúes sobre *bhakti* (devoción) hablan de dos clases de devoción, el *vaidhí bhakti*, es decir, la práctica de devoción según los mandamientos, y el *prema bhakti*, el amor espontáneo y extático por Dios. El principiante de ese sendero debe seguir los mandamientos: repetir cierto número de veces el *mantram*, o fórmula sagrada o nombre de Dios, ayunar ciertas veces por mes, cantar las glorias del Señor y practicar otras disciplinas espirituales para tratar de mantener su mente en Él. A medida que va siguiendo el sendero su atracción por el Señor va aumentando, si es que cumple con los mandamientos de la manera debida. Sin embargo, esto no sucede si el aspirante tiene un fuerte apego al mundo material y es movido fácilmente por las pasiones. Estas son como el lastre para el globo; si hay demasiado lastre el globo no puede remontarse en el cielo sino que queda flotando a una altura determinada. Esto es lo que ocurre con muchos de los que siguen el sendero espiritual: cuando decae el

entusiasmo que sentían al principio, se disminuye la concentración y también los esfuerzos por llegar a la meta. Por otra parte, surgen deseos de renombre, fama y comodidades como recompensa a las pocas austeridades o dedicación que hicieron.

Sri Ramakrishna repetidas veces dijo a sus oyentes: "¿Acaso podéis conseguir las gemas que yacen en el fondo del mar, flotando simplemente sobre la superficie de las aguas?" También solía cantar una canción que expresa ese sentimiento. Vamos a citarla aquí:

*Sumérgete hondo, oh mente, tomando el nombre de Kali,  
En las aguas del océano del corazón,  
Donde yacen escondidas muchas piedras preciosas.  
Nunca creas que el fondo del océano de gemas carece  
Si resultan infructuosas tus primeras zambullidas;  
Con firme determinación y autodomio  
Sumérgete y ábrete camino hacia el reino de la Madre Kali.*

*Allí abajo, en las profundidades del océano de Sabiduría Celestial,  
Yacen las perlas maravillosas de la Paz, oh mente;  
Y tú misma puedes recogerlas,  
Si sólo tienes amor puro y cumples con las escrituras.  
En las aguas profundas del océano, también  
Acechan seis cocodrilos - lujuria, ira y las otras pasiones -  
Moviéndose siempre en busca de su presa.*

*Úntate con la cúrcuma del discernimiento;  
Su solo olor te resguardará de sus mandíbulas.  
En el lecho del océano yacen esparcidas  
Innumerables perlas y piedras preciosas;  
Zambúllete, dice Ramprasad, y recógelas a manos llenas.*

En esa canción están descritas los requisitos para llegar a Dios: primero enseña que debemos retirar la mente de los objetos exteriores y dirigirla hacia adentro, tomando el nombre de Dios. Porque todo cuanto buscamos afuera — felicidad, paz y tranquilidad - está adentro y no afuera. En lo exterior todo es torbellino, remolino, conflictos, querellas y malentendidos. ¿Cómo podemos esperar que el mundo cambie?

Por lo tanto los sabios espirituales enseñan que tratemos de ir hacia adentro. La segunda lección es que nunca debemos esperar resultados inmediatos, ni desesperar por los primeros fracasos en nuestras tentativas en lograr un estado de estabilidad o concentración, sino que con firme determinación y controlando todos los sentidos, debemos persistir en los esfuerzos hasta llegar a la meta, a Dios. La Paz no puede ser hallada en lo externo sino en uno mismo. Nadie puede conseguirla para nosotros sino nosotros mismos cuando cumpliendo con los mandamientos de las escrituras lleguemos a tener el amor puro por el Señor. El poeta está consciente de la existencia de las pasiones a las cuales compara con los

cocodrilos hambrientos, y para contrarrestarlas recomienda cultivar el discernimiento. Sin discernimiento aun una persona que sigue el sendero de devoción no puede avanzar, porque el discernimiento actúa como un vigilante impidiendo que las pasiones hagan daño. Las perlas maravillosas que uno pueda recoger son la bienaventurada visión de Dios y resultante paz, tranquilidad y ecuanimidad. Esta es la devoción que nos puede llevar a Dios: una devoción firme, ayudada por el discernimiento y el renunciamiento. No debemos asustarnos oyendo esta palabra 'renunciamiento'. Sabemos que la renunciación total no es posible para todos, pero para alcanzar a Dios se tiene que renunciar internamente al menos, es decir, desapegarse de todas las cosas materiales. Porque como dice el Señor Jesucristo, no podemos servir a dos amos, a Dios y a Mammón.

Como hemos dicho al principio de esta charla, los objetos del mundo tienen una atracción irresistible para el ser humano, y el que cae en su red muy raras veces puede salir de ella y a menos que uno escape de allí no puede llegar a Dios. En la canción que acabamos de citar se menciona al amor puro, ¿qué significa eso? En el mundo, el amor es casi siempre o egoísta o sujeto a reciprocidad. Amor con motivo, sea cual fuere, está condicionado por las circunstancias, situaciones y cosas por el estilo. Muy raras veces se encuentra personas cuyo amor por otros no tiene algún interés personal. Amor puro es aquel que no exige ninguna retribución, más aún, no espera ninguna recompensa, y fluye siempre igual hacia el objeto del amor bajo todas las condiciones. No se dirige ese amor hacia Dios con la esperanza de cosa alguna. La persona que lo posee ama a Dios porque siente que el Señor es su único pariente y amigo íntimo. Está dispuesta a servirlo de todas las maneras posibles, y se siente feliz en hacerlo.

Sri Ramakrishna cierta vez dijo: "Puedes hablar de las escrituras, de la filosofía, del Vedanta; pero no hallarás a Dios en ninguno de ellos. Jamás podrás alcanzar a Dios a menos que tu alma se inquiete por Él. Uno debe estar ansioso por Dios, y practicar disciplinas espirituales con intensidad. ¿Acaso se puede obtener la visión de Dios de repente, sin ningún preparativo?" El preparativo consiste en llevar a cabo las indicaciones de las escrituras, poner en práctica lo que ellas enseñan y tratar de desarrollar anhelo por Dios. Sin ese anhelo nadie puede alcanzarlo.

Las escrituras hindúes también mencionan cinco grados de devoción o actitudes con que el aspirante puede acercarse a Dios; a saber, *shanta*, pacífica, en el que el devoto sigue sus prácticas firmemente considerando a Dios como Padre o Madre, pero no con mucha ansiedad por alcanzarlo. La mayoría de los verdaderos buscadores son de esa clase. Luego viene *dasia*, la actitud del servidor; es mucho más fuerte que la anterior; el devoto trata de complacer al Señor de toda manera, y está siempre alerta para llevar a cabo las enseñanzas de las escrituras. Después está la actitud de *sakhia*, de amistad, el amor de un amigo por otro; en esta y las siguientes formas de devoción el devoto no presta

mucha atención a las glorias de Dios, pues no le importan éstas ya que no busca nada del Señor, anhela solamente verlo y estar en comunión íntima con Él. El próximo grado más elevado es el de la actitud de *vátsalia*, la de una madre hacia su niño; ese devoto considera a Dios como un niño, que necesita de su cuidado; muchas mujeres en la India tienen esta actitud hacia su Ideal.

Al final está la actitud de *madhur*, la de una amante hacia su amado; esta actitud abarca todas las anteriores, y el devoto nunca piensa en su propio confort, sino que siempre está dispuesto a servir al Ideal a toda hora. Pero esta última es muy difícil de practicar y no es para todos o cualquiera. Solamente las Encarnaciones Divinas pueden soportar la angustia de la separación de Dios que se siente cuando uno practica esta actitud. Además, la persona que quiere practicarla debe tener una mente despojada de todas las pasiones, no debe tener ni un vestigio de deseos mundanos. Todas estas actitudes llevan a uno a Dios cuando se las cumple sin tener ningún deseo de goce aquí o en el más allá.

Lamentablemente la mayoría de los que recorren la vida religiosa se limitan a cumplir con la letra de las escrituras y no se esfuerzan por seguir su espíritu; celebran las fiestas, acuden a los templos con regularidad, hacen un poco de caridad y quizá una que otra persona entre ellos trate de dedicar algunos momentos de su vida diaria a rezar. También puede ser que lleven una vida moral y bien disciplinada, pero piensan que no hay nada más que hacer para llegar al Señor. Dios no puede ser alcanzado por esta clase de devoción. A veces la gente debido a su equivocación sobre los valores de las cosas toman el impedimento en la vida espiritual como ayuda. Hay una historia, acerca de Gurú Govinda Singh, uno de los grandes líderes espirituales de los Sikhs de la India, y un rico discípulo suyo que muestra esto. "Cierta vez Gurú Govinda Singh estaba sentado rezando a la orilla del Yamuná. Era la hora del crepúsculo, cuando llegó Raghunath, un rico discípulo, quien lo saludó prosternándose y dijo; 'Señor, le ruego acepte este pequeño regalo como un recuerdo de mi cariño.' Acto seguido colocó cerca de los pies del maestro dos brazaletes de oro incrustados con piedras preciosas. El Gurú aceptó las joyas y como para mostrar su alegría, comenzó a jugar con uno de los brazaletes, tirándolo en el aire y asiéndolo en la palma de su mano. De repente lo dejó deslizar de la mano y caer en el río.

"El discípulo lo tomó por un accidente lamentable, y saltó al río para recuperarlo. Siguió buscándolo mientras que el maestro, sin mostrar más interés en el asunto, quedó absorto en meditación. A una hora avanzada Raghunath volvió de su infructuosa búsqueda con una cara triste. Dijo: 'Maestro, lo lamento mucho, no he tenido éxito hasta ahora en encontrar la joya, pero quizá todavía pueda hallarla si Ud. me indica el lugar exacto donde cayó.'

"Sabido bien lo que pasaba por la mente del discípulo, el Gurú tomó el otro brazalete y lo arrojó al río diciendo: 'Raghunath, fue justamente allí.'

"El discípulo quedó estupefacto y confuso al ver esa acción

deliberada del maestro. No podía entender que quería significar el Gurú al tirar esa segunda joya también. Después de algunos momentos el maestro se levantó de su asiento y abrazando el discípulo dijo: 'Raghunath, yo me libré de los brazaletes a propósito. Percibí como tu mente estaba apegada a ellos y eran una barrera entre tú y yo. Descarta tu vanidad de riqueza.'

"El discípulo reconoció su error, se prosternó ante los pies del maestro y desde aquel momento cambió totalmente."

De la misma manera mantenemos con mucha tenacidad barreras como esta entre nosotros y Dios, y luego nos quejamos de que Él es quien no Se revela. Varias son las barreras: vanidad de riqueza, de posición, de religiosidad, de santidad, las pasiones, apegos y cosas por el estilo. Cada una es como una montaña muy difícil de cruzar si no tenemos anhelo por Dios. Ese anhelo nos fortalece a tal punto que podemos hacer lo imposible. Por el contrario, si nos contentamos con un poco de oración diaria, nuestra recompensa también será de igual categoría: tendremos nombre y fama como hombres piadosos, buenos o simpáticos aquí en la tierra, pero no alcanzaremos a Dios. Sri Ramakrishna solía aconsejar a sus discípulos: "Se dice que uno puede ver a Dios dirigiendo hacia Él la intensidad reunida de estas tres atracciones: la atracción que una madre siente por su niño, la que una fiel esposa siente por su esposo y la de un hombre mundano por sus bienes materiales." Preguntémonos si poseemos este anhelo por Dios, si no lo poseemos no tenemos derecho a quejarnos. Más bien tratemos de lograr ese anhelo. Se dice que es una señal de que uno está por tener la visión del Señor cuando se siente inquieto por Él, se llora por no haberlo visto. Pero esas lágrimas no deben ser vertidas para ganar el reconocimiento de la gente, deben surgir espontáneamente, no para demostración, no para hacer un despliegue de santidad, sino con la agonía que se siente por la separación de Dios. La ansiedad que debemos sentir para alcanzar a Dios está ilustrada en la siguiente parábola: "Un discípulo visitaba a su maestro y le pedía que le dijera cómo él podía ver a Dios. El maestro no lo contestó nada el primer día. Pero el discípulo no desistió, sino que visitó al maestro el día siguiente e hizo de nuevo la misma pregunta. Otra vez el Gurú no dio ninguna contestación. Después que el discípulo lo visitara varias veces y repitiera la pregunta, un día el Gurú lo hizo acompañar a un lago. Cuando ambos estuvieron en el agua, el maestro de repente sumergió la cabeza del discípulo y la sostuvo así por un rato. Cuando la soltó, esperando que saliera de su azoramiento, lo preguntó: '¿Qué sentiste?' 'Sentí como si fuera a morirme y anhelaba un poco de aire.'" Entonces el maestro replicó: "Cuando tu anhelo por Dios sea así, entonces Lo alcanzarás." Hay que desarrollar esa clase de amor por Dios, entonces Él no puede dejar de revelarse al devoto.

Hay un canto de un santo de Bengala que expresa este sentimiento.

*¡Clama a tu Madre Shyama con verdadero clamor, oh mente!  
¿Y cómo puede Ella sustraerse de ti?*

*¿Cómo puede Shyama no aparecer?  
¿Cómo puede tu madre Kali mantenerse alejada?*

*Oh mente mía, si tienes fervor, llévale una ofrenda  
de hojas de bel y flores de hibisco;  
Pon a Sus pies tu ofrenda  
Y mezcla con ella la fragante pasta de sándalo del Amor.*

Estas no son meras palabras sino la expresión de la experiencia que ese santo tuvo, por eso es tan categórico en su declaración. Si tenemos la firme fe de que Dios es nuestro Padre o Madre no podemos dudar que escucha nuestro ruego cuando es sincero y nos otorga lo que pidamos. Porque como dice Jesús: "¿Qué hombre hay de vosotros, a quien si su hijo pidiera pan, le dará una piedra? ¿Y si le pidiera un pez, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, podéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro Padre que está en los cielos, dará buenas cosas a los que le piden?" Pero primero hay que sentir esa relación íntima con Dios, si no la sentimos ni tampoco tenemos esa fe en Él, entonces resulta difícil entregarnos totalmente a Su voluntad, aunque miles de millones de veces repetamos la oración: "Sea hecha tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra."

Somos gente de poca fe, nos dirigimos a Dios como nuestro Padre o Madre, pero no lo creemos en su totalidad, si lo hiciéramos como podríamos quejarnos que Dios no escucha nuestras plegarias. Lo que sucede es que todo nuestro amor y apego queda distribuido entre los parientes, - esposa e hijos - amigos y los objetos del mundo. No sobra casi nada para dar a Dios, y lo poco que queremos darle parece mucho para nosotros. Vamos a reiterar la palabra "queremos" pues realmente no Le damos, porque el poco tiempo que dedicamos a las oraciones lo pasamos pensando en cosas de este mundo y tratando de solucionar los problemas no solamente propios sino los ajenos también. Con esa mente, con esa clase de devoción como podemos esperar que alcancemos a Dios o podamos verlo. Al Señor tenemos que dar todo nuestro amor, porque no hay nadie en el universo más querido y más cercano que Él. Es nuestro Ser más íntimo, Alma de nuestra alma. Tenemos que grabar esa idea en nuestra mente para que pueda verdaderamente amarlo, volcar su más tierno sentimiento en Él. Sólo cuando podados quererlo así, podremos decir que estamos clamando a Él con verdadero clamor.

En los Vedas se dice: "Oh Señor, clamamos a Ti como la vaca que muge por el ternero." Los que han presenciado esa atracción de la vaca por el ternero se darán cuenta de su fuerza. La devoción que no despierta esa clase de amor no nos lleva a Dios, aunque tengamos aquí nombre de gente espiritual o religiosa.

¿Pero como desarrollar esa clase de devoción? Sri Ramakrishna sugiere que uno debe vivir en la soledad de vez en cuando, lejos de los familiares y sus preocupaciones, y practicar las disciplinas espirituales. También aconseja vivir en la compañía de los seres avanzados

espiritualmente, pues es difícil seguir un camino si no se encuentra un ejemplo viviente. La mera teoría no puede satisfacer al hombre. Viendo la vida de abnegación ante él, le es posible comprender que Dios no es un mito y que los que dedican su vida a tratar de llegar a Él no son tontos o locos. Porque en la compañía de un verdadero santo uno siente una paz que no es de este mundo. Se desvanecen, al menos en esos momentos, las dudas acerca de la vida espiritual, de la existencia de Dios y cosas semejantes. Cantar el nombre y glorias de Dios es la tercera ayuda en este camino. Por supuesto, todas estas ayudas nos sirven de gran valor si poseemos a desapasionamiento y discernimiento, si podemos discernir entre lo que es Real, Eterno y lo que es irreal, perecedero, transitorio. Cuando uno se capacita en distinguir lo que es bueno de lo que es malo para su vida espiritual adquiere el desapasionamiento.

Ahora bien, se puede preguntar "¿Por qué algunos llegan a tener éxito en la vida espiritual en poco tiempo mientras que otros nunca llegan a tenerlo en esta vida?" Los hindúes creen que ésta no es la única vida del ser humano, que ha pasado varias veces por el nacimiento y que cada vez que viene a la tierra ese ser trata de elevarse pero no siempre tiene éxito. Sin embargo, tanto lo bueno como lo malo que hizo deja su sello en su mente y esa forma las tendencias innatas cuando vuelve a nacer. El que se esfuerza por llegar a la meta pero debido a flaquezas resbala de su estado elevado, cuando vuelve a nacer, trae consigo todos los méritos adquiridos y comienza de allí; por consiguiente, al que le faltaba poco por llegar a la meta logra éxito en poco tiempo en esta vida. Sri Ramakrishna ilustra esto con un ejemplo muy familiar: "La verdad es que un hombre llega a tener éxito en gran medida debido a las tendencias heredadas de las vidas anteriores. La gente piensa que él lo ha alcanzado de repente. Un hombre bebió un vaso de vino a la mañana, con lo cual quedó completamente embriagado. Comenzó a comportarse impropriadamente. La gente se asombró al ver que pudo haberse embriagado a tal punto tomando un sólo vaso. Pero otro hombre les dijo: "Por qué os asombráis; él estuvo bebiendo toda la noche."

Ningún esfuerzo para el bien es en vano, todo se acumula y nos ayuda en nuestra vida. Por lo tanto, vamos a seguir esforzándonos aunque a veces nos deslicemos del sendero. Con perseverancia y por la gracia de Dios llegaremos a la meta.

Que el Señor misericordioso nos bendiga para que podamos desarrollar el amor puro a Sus pies y tener Su visión antes de despedirnos de este mundo.

-----